

metéoro de tal tamaño que parecía como que si estuviese precipitándose la luna dentro de las olas. Cambió de color, de verde á encarnado, y dejó tras sí una extensa huella como de llamas.

Velvimos á entrar á nuestra ominosa carretela, y nos dirigimos á las columnas de Júpiter. Todas son grandes como todo lo que es Romano, pero les faltaba ese aire hermoso, poético de las obras griegas. Es esplendor sin gracia.

Regresamos al palacio real por la Puerta de Adrian. A cada instante me deseaba de nuevo en el "Cementerio de la Historia," no obstante que habia estado en movimiento todo el dia. Mientras viva, siempre recordaré esta noche, lo mismo que á la "Basilissa."

CAPITULO V.

UNA VISITA A LA MEZQUITA EN ESMIRNA.

—o—

La primer mañana en el Asia Menor, la primera en el Imperio Otomano, nos sonrió con alegría. Frente á nosotros yacia el Oriente, con su riqueza, su vejetacion y sus mil deslumbradoras objetos que se ostentaban á nuestros sentidos. Las flores de Asia se abrian ante nosotros; nuestros ensueños por tanto tiempo abrigados se veian ahora realizados.

Sobre una ligera altura á orillas del mar, habia una poblacion con sus innumerables casas mezcladas en confusion de colores y de formas zútiles minaretes, esos postes de señal del Mahometismo, alzaban su arquitectura tan peculiarmente elegante, al lado de las cúpulas de las mezquitas. Ricos bosques de cipreces en las alturas dan som-

MAXIMILIANO.—15.

bra á los sepulcros de los Turcos en medio de esa tranquilidad magestuosa y solemne. Sobre el punto más alto, como sobre un terrado, estaban las ruinas de una formidable fortaleza la que se le atribuye á Alejandro el Grande en este país tan rico en recuerdos históricos. En el fondo se elevaba la cadena de montañas con sus miles de contornos variados, circunvalando el trasparente golfo como una media luna, y formando en sus playas los mas verdiosos declives y valles, adonde se asomaban unos cuantos y solitarios sitios de colonos.

El más hermoso de los valles condujo á la fama en tiempos pasados al bravo héroe, Ricardo Corazon de Leon. Llamase Cordelion. En la otra playa se echaba de ver una de las fortalezas Turcas en un pequeño promontorio; y sobre toda esta magnificencia se alza el azulado y terso cielo. Cada minarete, cada ciprés, cada cúpula hermosamente arqueada, y cada casa brillantemente pintada, era una revelacion para nosotros y excitaba nuestra curiosidad. Nos tuvimos por felices cuando al fin se descolgó el bote del costado del buque y nos alzamos sobre las olas con los potentes golpes del remo, acercandonos á la májica costa.

La expresion de lo espiritual, la incorporacion de ideas elevadas es la primera cosa que debe bus-

car el viajero en un lugar extraño. En este estado de la mente el minaréte solemne y la mézquita, fueron nuestro primer objeto en esta maravillosa tierra Asiática.

Deslumbrados y confundidos por la multitud de encantos, pasamos por las calles y los bazares á una plaza elevada en los suburbios, adonde se levanta la mézquita de Kiltgezagi. Frente á los escalones de entrada hasta el terrado elevado, (antiguamente los simientos del edificio), hay un pozo rodeado de árboles que dá al conjunto una expresion de vida y de frescura. Es bonito pensamiento, que en los escalones de la casa de Dios se proporcione ese rarísimo refresco en el clima de Oriente, árboles y agua. La mézquita, que consiste de una gran cúpula arqueada descansa en un lugar elevado rodeado por un parapeto de piedra. A la derecha se alza el sutil minarete, en el interior del cual una pequeña y oscura escalera conduce á una galeria que termina en un angulo agudo. De esta, y cinco veces al dia el Muezin llama á oracion. El minarete y la mézquita parecen estar construidas de una piedra arenosa y parda. Frente á las tres entradas se tienden unas escaleras, que conducen en la actualidad á un terrado que sirve como un lugar para la oracion preparatoria, que reza todo maometano antes de

entrar a la mézquita. Sobre la puerta central se alza una torrecilla con un balcon bajo, desde donde le Iman entona sus oraciones.

El Cónsul nos dispensó el que nos quitásemos los zapatos á la entrada, permitiéndonos por lo tanto el cometer un sacrilegio, segun las ideas mahometanas. Llenos de esperanza entramos á la parte consagrada del edificio y recordabamos á cada instante esas iglesias que parecen "peluquines." Hileras de pilares dividen el lugar en tres partes; en el centro y en la más grande de estas se alza la cúpula. Las paredes y las columnas están adornadas con oro y ornatos de color, pero el fondo es blanco. En diversas partes del edificio están pintados varios textos del Corán. En el centro de la pared, frente á la puerta, está el lugar adonde el Iman superior pastor de las almas turcas lee las oraciones principales. La pared de atrás está cubierta con gran profusion de decoraciones de oro; y el piso allí, como por todas partes, está cubierto con ricas alfombras. El resto del piso de mármol está provisto de esteras de juncos, arreglo muy ventajoso para las rodillas y los piés de los cristianos.

En el lugar adonde en nuestras iglesias generalmente se halla el altar, hay colgadas tres pinturas; la del centro representa el sepulcro del

Profeta. A la derecha vimos á Medina y á la izquierda á Meca con sus minaretes y sus cúpulas. Estos cuadros están pintados con una perspectiva aerea peculiar y no del todo sin mérito. El material parece ser al temple con un color encarnado. Estas pinturas de los lugares sagrados de los mahometanos, son los únicos cuadros pintados por los turcos, pues á los creyentes de la verdadera fé se les está prohibido el que representen cualesquier otra cosa acorde con los estrictos mandatos del Corán. Esta puede haber sido muy bien una de las razones por la que en Europa hemos estado por tanto tiempo en la oscuridad tocante á los usos y costumbres de la vida doméstica de los turcos, porque el coloso mahometano se guardaba de las influencias de los extraños prohibiendo la posesion de retratos ó de pinturas sagradas ó cuadros de "genre." Estos mandatos y estas prohibiciones del sábio Profeta y sus explicaciones ó doctrinas contribuian á dividir como con una muralla hecha de mil piedras, á los incrédulos, de los miembros de su congregacion.

Mas un cambio comienza ya vislumbrante aun en estos distritos. La idea de la obediencia religiosa está considerada como una molestia resible, que debe oponerséle. Empiezan á sacar las piedras más chicas de la bien unida muralla, y se

olvidan que las más grandes tienen que caer igualmente, como consecuencia necesaria. Bajo el título de abusos, comienzan á hacer á un lado todo lo que no es absolutamente y al momento necesario hasta que se renuevan los puntales necesarios para el sosten del todo, y el edificio entero quede derribado con pleno conocimiento de lo que se está haciendo, por parte de algunos, y á gran sorpresa de otros de los innovadores.

A la derecha de este lugar, que está adornado con las pinturas, se tienden unos cuantos escalones que conducen á una torrecilla sostenida por cuatro pilares. La entrada a este pequeño y elegantemente construido gariton, está oculta por una cortina colorada. Un techo que termina en ángulo, se eleva mas alto que la muralla principal, y sostiene en su extremidad, como por protección, al pequeño edificio, la media luna, ese símbolo de los mahometanos, en un tiempo tan formidable, que sin misericordia destrozó, como una hoz, razas y gentes. En esta alta y ricamente adornada casita, es deber del Iman rogar por el bienestar del Sultan. Esta costumbre es muy adecuada á una monarquía absoluta, adonde el jefe de ella es igualmente cabeza de la Iglesia; pues naturalmente debe causar honda impresion en la gente el saber que su gobernante tiene su

lugar aparte y separado de los demas; y solo el sacerdote puede subir, como en la escalera de Jacob, á estas altas regiones, desde donde, como de las nubes, permite á la gente oír sus oraciones, para el sucesor de Mahoma.

Frente á esta torrecilla, y á la izquierda de la pared, hay un púlpito blanco y oro ricamente adornado. Aquí el libro, de los libros mahometanos, ó por mejor decir, el único que conocen, se lee. Todos estos detalles de la Mezquita, tienen mucha semejanza con los de nuestra Iglesia. Este pequeño edificio, tan ricamente adornado, le hace á uno recordar el copon. El púlpito es enteramente como el nuestro, aun en la forma y los ornamentos; y el coro, como el nuestro, le echamos de ver arriba de la puerta de entrada; solo que en vez del órgano hay una gran division con enrejado, adonde asiste el Sultan á los oficios. Cuando subimos al coro, encontramos, por supuesto, que esta division estaba cerrada. En este arreglo se echa de ver una prueba de buen sentido; la gente piadosa se imagina que su gobernante está presente, aunque su persona está ocultada á sus escudriñadoras miradas; que excita su curiosidad y fomenta una adoracion misteriosa en la multitud.

Es digno de atencion el gran número de lámpa-

ras. Huevos de avestruz y[mogotes de ciervo, están colgados por la mezquita, y conservan esta verdadera mezcla de colores, encanto oriental. La pregunta siguiente se viene á la imaginación: ¿qué tienen que hacer los huevos de avestruz y los megotes de ciervo en la casa de Dios? Hicimos esta pregunta, y nos dieron otra prueba de la superstición mahometana: los fieles cuelgan estos objetos en la mezquita, para impedir que las alabanzas injuriosas de los incrédulos les hagan algún daño. De suerte que cuando un cristiano entra en la mezquita y alaba la hermosura del edificio ó la magnificencia del interior, su mirada vaga de admiración tiene que venir á dar sobre estos apéndices, y se ahuyenta la desgracia que podía resultar de su admiración. Esta creencia, extraña como aparece, en nada daña el efecto general que causa en el espectador.

La impresión que hace la mezquita con sus hilares de pilares y sus cúpulas, eleva, ameniza, y es grandiosa.—Nada repulsivo encuentra la vista del cristiano; ninguna ostentación exagerada ni tampoco una marcada sencillez desagrada al visitador. Solo un tesoro echa de ménos el cristiano: el altar. Este objeto consolador para una alma oprimida, hace falta en el templo de los mahometanos; y esta falta es lo que hace que el servicio

del culto nos parezca tan frío y poco interesante. Falta la unidad: el sacrificio mismo, incluyendo todas las oraciones. De aquí nace un vacío en la casa de Dios. Le ocurre á uno el pensamiento que podía uno igualmente orar en su casa—que ni sinagoga, ni mezquita, ni iglesia, son necesarias. El judío de todos es el que siente esto mas fuerte. Su templo está destruido, su altar hecho pedazos, robada la perla de su religión, y siéndole solo dado el ofrecer el sacrificio en Sion, siente inútiles anhelos por la pasada felicidad de los Patriarcas.

Nos fué concedido á los discípulos del Mesías encontrar en la mas magnífica catedral, como en la mas pequeña capilla, algo superior á lo que jamas se habia presentado en el admirable templo de Salomén. Por lo tanto, buscamos tristemente en las iglesias de los diversos creyentes el lugar predilecto, al que los ojos de la multitud en oración se dirigen durante el santo sacrificio.

Aunque era viérnes—el domingo de los turcos—no habia en esos momentos servicio en la mezquita; era demasiado temprano, y ni un solo devoto habia llegado. Una especie de Iman nos enseñó aquello. Llevaba un turbante, un vestido a lo persa, de seda rayado, una banda y un sobretodo. A este traje se unia un aspecto indolente con una

tez amarillenta y una barba larga que formaba un cuadro enteramente característico.

Al dejar la mezquita para ascender al minarete, vimos á un tureo engolfado en oracion,¹ tendido en el terrado dedicado á la oracion preparatoria. Estaba arrodillado en un tapete, que es costumbre que todos lleven. Su vestido consistia en un traje a lo persa, de un color rojo listado y de un turbante blanco como la nieve. Se habia quitado los zapatos y los habia puesto junto de él; en sus manos machucaba las cuentas del muy estimado rosario oriental. De su tostado rostro, hasta cubrir el pecho, le colgaba una barba blanca; tenia los ojos bajos, como en profunda meditacion; sus facciones serenas y contemplativas. Era un cuadro que impresionaba. Solo de cuando en cuando miraba en derredor suyo con disgusto y ansiedad, é interrumpido tal vez por nuestra ruidosa conversacion, clavaba en nosotros por un momento sus negros y fanáticos ojos. Como que apercibió la curiosidad y el desden de los incrédulos, prorumpió en un grito lastimoso y entonó sus oraciones con tono suave, quejándose tristemente. No era la expresion de un reproche irónico y frio contra los curiosos cristianos, sino mas bien la expresion de pesar por el sacrilegio que probablemente se le figuraba que habiamos cometido.

Llenos de emocion, de lastima, y de estimacion por este virtuoso adorador abandonamos el lugar y subimos la pequeña y oscura escalera de piedra que conducia al minarete. No subimos hasta arriba, sino que dejamos al minarete y á su escalera misteriosa por una pequeña salida, con el fin de ver los techos del costado de la mezquita. Desde este punto podiamos ver á Esmirna divinamente—la orgullosa princesa del Oriente. Las bellezas de la naturaleza eran mas grandes que la hermosura de los edificios alzados por la mano del hombre. Muy léjos se extendian las exquisitas llanuras de un plateado azul, y magestuosamente su testa coronada descansada, con sus pintados adornos, como estrellas, sobre las verdes faldas. En medio de un mar de casas, se distinguía el lugarcillo á nuestros piés como particularmente bullicioso y alegre, siendo la salida principal entre el bezar, las calles y la mezquita.

El lugar estaba lleno de individuos de diversos trajes variados colores de tez, y estos clavaban la vista en los incrédulos forasteros, en cuyo honor habia mandado el Pachá que montasen guardia las tropas frente á la mézquita. Como que veiamos con interes á la muchedumbre que estaba á nuestros piés; derrepente oimos un repique curioso de campanas. Esperamos á ver lo que ocurría.

Subitamente se dispersó el gentío, y vimos una masa de un color castaño que se movía con paso uniforme y solemne. Era una procesion [de una especie peculiar—una procesion de las mil y una Noches—un cuadro ó mas bien una sucesion de cuadros como los que ha pintado Horacio Vernet—una vision que no podia pintar la mas brillante imaginacion, ni la mas fluida pluma describir; pues cosas semejantes á las que vimos se encuentran solo en Oriente, en los campos de Asia, en los ricos y bulliciosos bazares de Esmirna de Damásco, y de Bagdad—donde solo gobierna el sable de Mohoma, adonde la palma florece, y la Media Luna brilla por el desierto. La procesion se componia de camellos ricamente cargados de mercancías y de fruta. Nos parecían como heraldos, ó representantes del antiguo mundo.

Este animal que lleva á la familia del indigente árabe á través del arenoso desierto, como un buque, que se le da leche para su sencilla alimentacion, que le sirve como de muralla protectora contra el simoun ó tempestad, y en caso extremo que cae como víctima con el fin de abrir á su amo el algibe oculto—no pregunta el forastero con admiracion por qué este animal uno de los más útiles que Dios ha creado, es tan feo, tan espantosamente feo? Basta esta contestacion; que

lo realmente útil y competente en este mundo, frecuentemente se presenta con un exterior tosco y de baja esfera. Todo es extraño en este animal. Haciendo eses, mas no sin dignidad, la suave y esponjada pata pisa el ardiente suelo; la cabeza, como de serpiente, se estira muy lejos de su delgado pescuezo; la joroba, sumamente cargada, se eleva en forma de un arco elevado, como una montaña estéril y disforme. El ojo vivo, ya se presenta pasivo, ya furioso. El pellejo lo tiene tan grueso como pulpa; y sin embargo, todo el deforme cuerpo no tiene color definible. A poco rato estos hijos del desierto habian desaparecido de las calles.

Regresamos al minarete despues de haber andado por el techo y de haber visto el interior de la cúpula por una galería que hay al derredor de ella, y que tiene un borde tan bajo, que cualquiera que sufra de mareo debe abstenerse de inspeccionar la mezquita á vuelo de pájaro. Al abandonar el edificio, habia desaparecido ya del terrado externo nuestro resandero turco; probablemente se habia metido á la mezquita. Dejamos estos altos terrados y entramos á la vida variada del bazar.